

La Operación *Allied Force* y el Papel del Poder Aéreo

Earl H. Tilford, hijo

Tomado de la revista *Parameters*, número de invierno de 1999-2000.

UNA “V” ES UNA “V”. En los deportes, una victoria es una victoria. Por más reñido que haya sido el partido, siempre es mejor ganar que perder. Por ejemplo, si el equipo de fútbol de una universidad prestigiosa, como la de Notre Dame, vence al equipo de una universidad pequeña y poco conocida, como la de Slippery Rock, con un margen de 70 puntos a 0, ésa es exactamente la victoria desequilibrada que uno habría de esperar tras un partido entre equipos tan dispares. Pero si el equipo más prestigioso vence al otro con un margen de sólo 7 a 6 puntos, los aficionados no podrían decir más que, “Pues bien, es una victoria de cualquier manera”. Fue precisamente una victoria de esta índole la que obtuvieron los aliados en la Operación *Allied Force*.

Sin embargo, tras los 78 días del bombardeo en la campaña realizada por la OTAN contra Yugoslavia, y encabezada por Estados Unidos, algunos de los defensores más entusiastas del poder aéreo fanfarronearon su éxito, jactándose de que ésta había sido la primera vez que un enemigo terrestre había sido derrotado exclusivamente por medios aéreos. Señalaron el desempeño de las armas de alta tecnología, tales como el bombardero *B-2* y las Municiones de Ataque Directo Conjunto (*Joint Direct Attack Munitions; JDAMs*) como evidencia de una precisión nunca antes lograda en la historia de los armamentos. Un general de división de la Fuerza Aérea incluso sostuvo que el 99,6 por ciento de las bombas lanzadas contra Yugoslavia batieron el objetivo.¹ Había quienes insistieron en que el bombardeo efectivamente logró sus objetivos estratégicos, operacionales y tácticos porque, al fin y al cabo, el hombre fuerte yugoslavo, Slobodan Milosevic, retiró a las fuerzas serbias de la provincia de Kosovo y aceptó la intervención de una fuerza internacional de mantenimiento de la paz. Es más, todo lo anterior se logró con el poder aéreo y el lanzamiento de misiles, sin que ningún combatiente aliado fuera muerto en combate.

Entre aquéllos que se apresuraron por elogiar los resultados de la Operación *Allied Force* fue el historiador militar británico, John Keegan, el editor para temas de defensa del diario el *London Daily Telegraph*. Tras desacreditar sus propias dudas previamente expresadas respecto a la posibilidad de que el poder aéreo por su propia cuenta pudiera alcanzar una victoria decisiva, el Sr. Keegan afirmó sucintamente: “Ésta fue una victoria para el poder aéreo”.² El Sr. John A. Tirpak, editor de más antigüedad de la revista *Air Force Magazine*, observó: “Por primera vez en la historia, la aplicación del poder aéreo de por sí, logró forzar a una fuerza militar a retirarse completamente del terreno disputado”.³ Algunos defensores entusiastas del poder aéreo parecían resueltos a utilizar los resultados aparentes de la Operación *Allied Force* para promover los intereses institucionales de la Fuerza Aérea. El general de división Charles Link, pasado a situación de retiro y defensor acérrimo de la estrategia adoptada por la Fuerza Aérea y desarrollada en fases y altos, se pavoneó de que, “Como resultado de Kosovo, es de esperar que se realice un escrutinio más minucioso de algunos de los sistemas pesados que en raras ocasiones se emplean en la guerra, al mismo tiempo que se le debe conceder más respeto y aprecio a los medios de la Fuerza Aérea que son capaces de llegar rápidamente al escenario”.⁴ Aunque se expresara con mayor circunspección, el Jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea, general de división Michael Ryan, implicó que, si el poder aéreo se hubiera utilizado en forma concentrada desde un principio, y si la operación se hubiera conducido con más acatamiento de la doctrina establecida, el resultado habría sido aún más exitoso. De acuerdo con Ryan, “La campaña no se inició de la manera en que Estados Unidos normalmente aplica la potencia aérea; es decir, con una concentración abrumadora”.⁵

¿Es que la Operación *Allied Force* fue la victoria estratégica, operacional y táctica celebrada por muchos?

En el caso de que sí fue un éxito, ¿cuál será su pertinencia en futuras operaciones? Nuestro esfuerzo por contestar tales preguntas no debería interpretarse como un ataque contra la Fuerza Aérea de EE.UU. ni las fuerzas aéreas de los Aliados. Es más bien una evaluación de la mala aplicación de la fuerza militar, y puesto que el poder aéreo fue la fuerza principal empleada, a continuación se presenta una crítica del “empleo exclusivo del poder aéreo” como alternativa eficaz de los medios conjuntos en la conducción de la guerra.

Si bien podemos maravillarnos con las capacidades demostradas por los bombarderos B-2, los JDAMs, las municiones guiadas por láser, y las técnicas de bombardeo basadas en el Sistema de Posicionamiento Global, un análisis más objetivo de la Operación *Allied Force* aún nos revela una victoria, pero fue una victoria difícilmente alcanzada. En primer lugar, obtuvimos esa “V” tras la aplicación de un mayor porcentaje de los armazones de aviones de la Fuerza Aérea durante esta operación de los que utilizamos en la Guerra de Corea, durante cualquier período en la Guerra de Vietnam, y en la Guerra del Golfo Pérsico. Se requirió el despliegue de las fuerzas aéreas de 13 naciones contribuyentes de la OTAN para finalmente batir a Yugoslavia hasta tal punto que Milosevic consintiera en retirar a todas sus fuerzas de Kosovo y permitiera la intervención de una fuerza de mantenimiento de la paz auspiciada por la ONU e incluyendo a tropas rusas, en aquella provincia conflictiva. Asimismo, si bien es posible argumentar que el poder aéreo fue el factor decisivo en obligar a Milosevic a retroceder de Kosovo, el desgaste de las aeronaves, el inmenso gasto de armas sofisticadas, y el continuo deterioro de la moral entre el personal uniformado en general y, especialmente, de las tripulaciones aéreas, son aún más evidentes. En retrospectiva, tal pareciera que el triunfo obtenido por la OTAN en la Operación *Allied Force* fue más parecido a la victoria de 7 a 6 puntos apenas lograda por la Universidad de Notre Dame contra la Universidad de Slippery Rock, que a la derrota abrumadora de 70 a 0 que uno lógicamente hubiera previsto. Desde luego, fue una “V” de todas maneras, y cualquier victoria es mejor que una derrota.

Sin embargo, cuando un equipo deportivo de una universidad grande y renombrada difícilmente logra vencer a un oponente notablemente inferior, se producen consecuencias adversas. La primera será la pérdida de credibilidad. Si Notre Dame hubiera ocupado una alta posición en los sondeos realizados previo al partido, indudablemente habría caído a raíz de una victoria de 7 a 6 puntos. La segunda es que los futuros opositores más fuertes estudiarán el partido contra Slippery Rock para descubrir las debilidades del equipo de Notre Dame y aprovecharlas en beneficio propio. La tercera consecuencia negativa será la desmoralización de dicho equi-

po, cuyos entrenadores tendrán que dedicar mucho tiempo al análisis minucioso de los errores cometidos y restaurar la confianza de los atletas antes de enfrentar a los equipos opositores más fuertes en el futuro. En todo caso, ésta no es una victoria que habría de destacarse en los videos de reclutamiento del equipo de fútbol de Notre Dame.

Consideraciones Estratégicas

En el Primer Libro de la obra *De la guerra*, el incomparable filósofo militar de Prusia Carl von Clausewitz acotó que, “La guerra es . . . un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario”.⁶ En lo concerniente a

¿Es que la Operación Allied Force fue la victoria estratégica, operacional y táctica celebrada por muchos? En el caso de que sí fue un éxito, ¿cuál será su pertinencia en futuras operaciones?

Nuestro esfuerzo por contestar tales preguntas no debería interpretarse como un ataque contra la Fuerza Aérea de EE.UU. ni las fuerzas aéreas de los Aliados. Es más bien una evaluación de la mala aplicación de la fuerza militar, y puesto que el poder aéreo fue la fuerza principal empleada, a continuación se presenta una crítica del “empleo exclusivo del poder aéreo” como alternativa eficaz de los medios conjuntos en la conducción de la guerra.

nuestra “voluntad” en la Operación *Allied Force*, el presidente Bill Clinton explicitó tres objetivos, a saber:

- Demostrar la profundidad de la oposición de la OTAN a la agresión yugoslava y la firmeza de su apoyo a la paz.
- Disuadir cualquier ataque de los serbios contra los indefensos kosovares albaneses y hacerles pagar un alto precio si continuaran tales ataques.
- Reducir la capacidad de Serbia para librar una guerra contra Kosovo, disminuyendo notoriamente sus capacidades militares.

En lo relativo al primer objetivo, cualquiera que fuera el desencadenamiento de los eventos en la provincia yugoslava de Kosovo y por más desagradable que fuera, no presentó ninguna amenaza manifiesta a los intereses vitales de Estados Unidos según se definen en la Estrategia de Seguridad Nacional, aún cuando la situación representara una amenaza a la paz dentro de los Estados Balcanes. En qué medida la seguridad europea fue puesta en peligro por lo acontecido en

Kosovo también es cuestionable. No obstante la declamación apasionada que hizo la Secretaria de Estado Madeleine Albright cuando comparó Milosevic con Hitler y Stalin, Serbia con la Alemania de los Nazis y la Unión Soviética, y la depuración étnica realizada por los serbios contra los albaneses kosovares con el Holocausto, Milosevic no hacía nada que se pudiera considerar de “amplia importancia esencial para la

Por más malévolo que sea Milosevic, y por más reprehensible que haya sido su conducta, no ha alcanzado las mismas cumbres de la maldad establecidas por Hitler y Stalin. Es más, los objetivos de Belgrado en Kosovo fueron suprimir una rebelión provincial y enfrentar en forma decisiva a los kosovares albaneses. Es innegable que dichos objetivos implicaron la estrategia de la “depuración étnica”. Pero recordemos que la II Guerra Mundial no se libró a manera de respuesta a la política inmoral de Hitler para con los judíos. Se libró sobre las pretensiones de Berlín sobre el balance de poder europeo y su intención de establecer la hegemonía alemana en todas partes del continente europeo-asiático. Yugoslavia, a modo de contraste, no ha cometido ningún acto de agresión contra cualquier país soberano o independiente.

supervivencia, la seguridad y la vitalidad de nuestra nación”.⁸ Por más malévolo que sea Milosevic, y por más reprehensible que haya sido su conducta, no ha alcanzado las mismas cumbres de la maldad establecidas por Hitler y Stalin. Es más, los objetivos de Belgrado en Kosovo fueron suprimir una rebelión provincial y enfrentar en forma decisiva a los kosovares albaneses. Es innegable que dichos objetivos implicaron la estrategia de la “depuración étnica”. Pero recordemos que la II Guerra Mundial no se libró a manera de respuesta a la política inmoral de Hitler para con los judíos. Se libró sobre las pretensiones de Berlín sobre el balance de poder europeo y su intención de establecer la hegemonía alemana en todas partes del continente europeo-asiático. Yugoslavia, a modo de contraste, no ha cometido ningún acto de agresión contra cualquier país soberano o independiente. Es más bien que lidiaba con un problema interno, por más abominable que haya sido su modo de operar.

El conflicto es, de naturaleza, impredecible. Pero el peligro que presentó la situación en Kosovo para el res-

to del continente europeo fue mucho menor que el que significó la inestabilidad en los Balcanes en el año 1914. Las tensiones en Europa en dicha época siguieron creciendo inexorablemente desde el término de la Guerra Franco-Prusiana en 1871 hasta el estallido de la I Guerra Mundial. Durante ese lapso, las potencias europeas establecieron sistemas de alianzas opositoras, compitieron por establecer nuevos territorios coloniales o expandir los ya existentes, y desarrollar sus fuerzas militares hasta tal punto que cualquier chispa pudiera encender todo un continente transformado en un polvorín de tensiones. A principios del siglo XX, las antiguas enemistades entre los diversos grupos étnicos y religiosos en los Balcanes surgieron con el derrumbe del Imperio Otomano. En esa región chocaron los intereses divergentes de los distintos países europeos, produciendo los resultados más dramáticos. Pero en el mes de marzo de 1999, Europa Occidental ya se encontraba unida en su propia alianza, en tanto que Rusia, carente de cualquier sistema de alianzas militares y sufriendo los efectos del desorden político y en estado de caos económico, no estaba en condiciones de amenazar la paz en Europa. Ante tal situación en que ni los intereses vitales de Estados Unidos ni la seguridad europea se veían amenazados, habría sido difícil persuadir a las poblaciones estadounidense y europea entablar una guerra sobre el problema de Kosovo, especialmente si tal guerra pudiera significar cualquier sacrificio o derramamiento de sangre. De ahí que se eliminara, desde un principio, la opción de desplegar a elementos terrestres.

El poder aéreo iba a ser el instrumento exclusivo seleccionado para demostrar la voluntad europea de contrarrestar las acciones de Yugoslavia en Kosovo. Esta decisión fue reforzada por la presunción de que Milosevic habría de aceptar las demandas de la OTAN tan pronto como unos cuantos misiles cruceros y bombas “inteligentes” destruyeran diversos objetivos en Belgrado y en sus alrededores. El primer día domingo después del comienzo de lo que vino a llamarse una “operación aérea conducida en fases”, la secretaria Albright aseveró en el programa *NewsHour*, exhibido en la red PBS, “Creo que esta misión se cumple en un período de tiempo relativamente breve”.⁹ Pero los constreñimientos impuestos al comienzo de la Operación *Allied Force* trastornaron el buen juicio militar convencional, haciendo que fuera muy poco probable que el poder aéreo pudiera alcanzar el primer objetivo o, a decir la verdad, cualquiera de los objetivos enunciados.

En una parte un poco más adelantada en el primer capítulo de *De la guerra*, Clausewitz escribió que, “Muchas almas filantrópicas imaginan que existe una manera artística de desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre. . . . Ésta es una concepción falsa que debe ser rechazada. . . .”¹⁰ La



Tropas italianas atacan a soldados austriacos atrincherados durante la I Guerra Mundial. (Recuerdo) el Archiduque de Austria, Francisco Fernando, llega a Sarajevo acompañado por su esposa, Sofía.



Fotos: Departamento de Defensa

El conflicto es, de naturaleza, impredecible. Pero el peligro que presentó la situación en Kosovo para el resto del continente europeo fue mucho menor que el que significó la inestabilidad en los Balcanes en el año 1914. Las tensiones en Europa en dicha época siguieron creciendo inexorablemente desde el término de la Guerra Franco-Prusiana en 1871 hasta el estallido de la I Guerra Mundial. Durante ese lapso, las potencias europeas establecieron sistemas de alianzas opositoras, compitieron por establecer nuevos territorios coloniales o expandir los ya existentes, y desarrollar sus fuerzas militares hasta tal punto que cualquier chispa pudiera encender todo un continente transformado en un polvorín de tensiones.

secretaria Albright, el asesor sobre cuestiones de seguridad nacional Sandy Berger, el secretario de defensa William Cohen, y todo el equipo de seguridad nacional, incluyendo los Jefes Conjuntos de Estado Mayor, tenían acceso a abundantes evidencias que apoyaban el citado aforismo estratégico de Clausewitz. Aquéllos que quizás quieran pensar que Milosevic y sus secuaces se dispondrían a ajustar sus actitudes tras sufrir algunas pérdidas, no tienen que buscar más allá de la Guerra de Vietnam para descubrir cuán erróneo es ese tipo de razonamiento estratégico. La administración de Johnson presumía que, a través de bombardeos limitados, sería posible forzar a Vietnam del Norte a desistir de su agresión en el Sur. El presidente Johnson, afanoso por concentrar su atención y la de su administración en los problemas internos, no quería atascarse en una guerra terrestre en la Indochina. Los defensores del poder aéreo en esa época también insistían en que, con relativamente pocas inversiones de esfuerzo y comparativamente poco riesgo, podrían derrotar a Hanoi a través de una estrategia de

bombardeo coercitivo. Al igual como la administración de Clinton unos 30 años después, Johnson y sus asesores malinterpretaron al enemigo. Para lograr su objetivo de unificar Vietnam bajo un sólo sistema político, Ho Chi Minh y el pueblo norvietnamita estaban dispuestos a aguantar mucho más sufrimiento de lo que Estados Unidos estaba dispuesto a imponerles. Asimismo, Milosevic no podía entregar Kosovo, un lugar repleto de importancia histórica, a una fuerza de ocupación extranjera sin primero luchar para mantenerlo. La única duda era cuán duro habría de ser el combate.¹¹ Al fin y al cabo, una combinación de nuestra ignorancia histórica, miopía cultural, y arrogancia por nuestra superioridad tecnológica, se derivaron en una estrategia mal concebida que empleó la fuerza en forma indecisa antes que decisiva. Por ende resultó difícil convencer a Belgrado respecto a la firmeza de la oposición de la OTAN a las acciones de los serbios en Kosovo.

El segundo objetivo de Clinton, y el más crítico desde la perspectiva humanitaria, fue el de disuadir cualquier

ataque de Milosevic contra los kosovares albaneses y de hacerle pagar un alto precio por cualquier ataque que lanzara. La depuración étnica se aceleró tan pronto comenzó el bombardeo. Las fuerzas de seguridad serbias, incluyendo el Ejército yugoslavo y el Ministerio de Fuerzas Interiores, dieron muerte a un total quizás de unos 100.000 kosovares en el período del 24 de marzo al 6 de junio, cuando Milosevic consintió en retirar a sus fuer-

Políticamente, Milosevic no podía aceptar la ocupación de Kosovo por fuerzas extranjeras sin primero montar alguna resistencia. En algún momento, cuando ya era claro que le sería inútil seguir aguantando los golpes de la OTAN, podía sencillamente firmar un acuerdo, reclamando que la misma supervivencia de la nación estaba en peligro, y eso es efectivamente lo que hizo. Al término de la operación, Milosevic y su régimen sobrevivieron, no obstante el daño substancial infligido a la infraestructura industrial y comunicacional de Yugoslavia, situación que por mucho tiempo más seguirá imponiendo cargas pesadas a una economía desde ya débil. En lo relativo al tercer objetivo de Clinton —el de desinflar las capacidades militares de los serbios— las fuerzas de Milosevic, especialmente las fuerzas terrestres que constituyen el cimiento de su poderío militar, siguen intactas.

zas. Más de un millón de personas fueron echadas de sus casas y forzadas a buscar amparo en los campamentos de refugiados en Albania y Macedonia. Lejos de alcanzar una victoria decisiva, la duración del bombardeo y su eficacia limitada permitieron a Serbia negociar un acuerdo que dispusiera la participación de Rusia, su aliado tradicional, en las fuerzas de ocupación bajo los auspicios de la ONU. Cuando en el mes de junio Milosevic firmó los acuerdos, cualesquiera que hayan sido sus motivos, ya había diezmando la población albanesa de Kosovo y, probablemente mucho más importante, creó un clima político en Serbia que le facilitó negociar un acuerdo con la OTAN.

Es posible argüir persuasivamente que el bombardeo le facilitó a Serbia lograr sus propios objetivos estratégicos. Primero, la destrucción desatada por las bombas en la patria les facilitó a los serbios inspirar a los soldados yugoslavos y malhechores serbios a continuar cometiendo las atrocidades que suelen asociarse con la depuración étnica. Varios de los kosovares albaneses que sobrevivieron la violencia serbia informaron que cuando pidieron compasión a los serbios, éstos contestaron

a sus víctimas instándoles a “conversarlo con Bill Clinton”. Segundo, si bien Milosevic pudiera haber resistido la cohesión de la OTAN, no tenía posibilidad alguna de derrotar un ataque concentrado de la Alianza, sobre todo si ésta hubiera iniciado una campaña terrestre; tampoco podía sobrevivir una guerra de desgaste, dados los medios combinados de las 13 naciones contribuyentes a la operación. Pero la OTAN eliminó la opción de realizar un ataque terrestre en Kosovo, optando por recurrir solamente al poder aéreo, y éste le habría de servir primordialmente como instrumento coercitivo.

Políticamente, Milosevic no podía aceptar la ocupación de Kosovo por fuerzas extranjeras sin primero montar alguna resistencia. En algún momento, cuando ya era claro que le sería inútil seguir aguantando los golpes de la OTAN, podía sencillamente firmar un acuerdo, reclamando que la misma supervivencia de la nación estaba en peligro, y eso es efectivamente lo que hizo. Al término de la operación, Milosevic y su régimen sobrevivieron, no obstante el daño substancial infligido a la infraestructura industrial y comunicacional de Yugoslavia, situación que por mucho tiempo más seguirá imponiendo cargas pesadas a una economía desde ya débil. En lo relativo al tercer objetivo de Clinton —el de desinflar las capacidades militares de los serbios— las fuerzas de Milosevic, especialmente las fuerzas terrestres que constituyen el cimiento de su poderío militar, siguen intactas. Es así que la derrota operacional y táctica de la OTAN —es decir, su fracaso en el objetivo de disminuir notoriamente la capacidad de las fuerzas terrestres de Yugoslavia— produjo un revés estratégico determinante.

Consideraciones Tácticas y Operacionales

En la película *Apocalypse Now*, el actor Robert Duvall representa a un teniente coronel del Ejército estadounidense que exclama, mientras los ataques aéreos aplastan la jungla vietnamita en el trasfondo: “¡Tanto me fascina el olor a napalm en la mañana, ese olor a gasolina que llena la atmósfera; huele a victoria!”. Batir objetivos y causar destrucción, cualquiera que sea el olor producido, no siempre resultan en la victoria. En el caso de la Operación *Allied Force*, los aviones de la OTAN batieron sus objetivos con mayor precisión que nunca antes en la historia de la guerra aérea, debido simplemente a que utilizaron un porcentaje mucho más alto de municiones guiadas por precisión que aquéllas disponibles en cualquier otra operación anterior. De las aproximadamente 23.000 bombas y misiles lanzados, el 35 por ciento fue del tipo “arma inteligente”. Fue posible lanzar bombas convencionales con más precisión que nunca antes, debido a las nuevas capacidades de las computadoras a bordo empleadas en el bombardeo. Así todo, la noción de que cada bomba alcanzó su objetivo con una preci-



Foto de una estación de transmisiones de radio en Serbia, antes y después de un ataque aéreo realizado por la OTAN durante la Operación *Allied Force*.

El proceso de identificación de objetivos en la Operación Allied Force resultó ser desordenado e inepto. El bombardeo se inició cuando unos cuantos misiles y municiones guiadas por precisión batieron algunos objetivos asociados con el sistema de defensas antiaéreas integradas de Yugoslavia, incluyendo sus instalaciones de mando y control, sus campos de aviación, radares y sitios de misiles de superficie-a-aire. La OTAN también resolvió atacar el cuartel general y el alojamiento de las fuerzas yugoslavas en Serbia.

sión quirúrgica es falaz. “Batir el objetivo” puede significar que el avión caza-bombardero logró disparar la mayor parte de sus proyectiles dentro de los límites de una instalación relativamente grande, tales como una refinería de petróleo o una fábrica. La precisión es, desde luego, un ingrediente imprescindible en lograr el objetivo de cualquier campaña aérea, pero de mayor importancia son las cuestiones relativas a cuáles son los objetivos bombardeados y cuándo es que son destruidos.

El proceso de identificación de objetivos en la Operación *Allied Force* resultó ser desordenado e inepto. El bombardeo se inició cuando unos cuantos misiles y municiones guiadas por precisión batieron algunos objetivos asociados con el sistema de defensas antiaéreas

integradas de Yugoslavia, incluyendo sus instalaciones de mando y control, sus campos de aviación, radares y sitios de misiles de superficie-a-aire. La OTAN también resolvió atacar el cuartel general y el alojamiento de las fuerzas yugoslavas en Serbia.

El ataque contra el sistema de defensa antiaérea de Yugoslavia y su Fuerza Aérea fue impulsado más por una ciega adhesión a los principios doctrinarios de la Fuerza Aérea estadounidense que por la necesidad de enfrentar las realidades imperantes en la situación dentro de Kosovo. Por ejemplo, durante todo el desarrollo de la operación, funcionarios de la OTAN y del Departamento de Defensa fanfarronearon la destrucción de la Fuerza Aérea yugoslava, especialmente su reducido inventario

de entre 17 y 19 aviones caza *MiG-29*, los cuales o fueron alcanzados y destruidos en el aire o bien inutilizados en el terreno. Si bien la primera prioridad es obtener la superioridad aérea cuando las fuerzas aéreas modernas, como las estadounidenses, se comprometen en un conflicto, en este caso la Fuerza Aérea yugoslava no tenía nada que ver con la guerra que se materializaba en el terreno. Tampoco era pertinente el énfasis atribuido a la obtención de la superioridad aérea.

En la primera fase de Allied Force, cuando el bombardeo se realizaba a tanteos, la depuración étnica, iniciada en octubre de 1998 e intensificada en el siguiente mes de enero, se aceleraba en todas partes de Kosovo. Puesto que la OTAN se concentraba en batir objetivos en Belgrado y en sus alrededores, las fuerzas yugoslavas en Kosovo tenían cierta libertad de acción, de forma que podían seguir conduciendo sus actividades malsanas sin temor a un eventual ataque de la OTAN. En efecto, aunque se les hubiera permitido a los aviones bombarderos de la OTAN bajar de la altitud mínima de 4.572 metros, límite impuesto por la propia OTAN, resulta difícil apuntar a pequeños grupos de hombres armados con fusiles automáticos. El cumplimiento de tal misión con la máxima eficacia, exige el comprometimiento de fuerzas terrestres.

A nivel operacional, la Operación *Allied Force* se parecía más a la Operación *Rolling Thunder*, la campaña de bombardeo en Vietnam en el año 1968, que al empleo del poder aéreo en campañas subsecuentes, incluyendo *Linebacker I*, *Linebacker II* (también en Vietnam), y *Desert Storm*. Así como fue el caso en *Rolling Thunder*, se incrementó la intensidad del bombardeo con el tiempo y siguió expandiéndose la lista de objetivos. También parecido al caso de Vietnam, fue el hecho de que el proceso de determinación de objetivos se vio impedido por diversas consideraciones políticas que finalmente resultaron en la imposición de limitaciones tanto en el alcance como en la intensidad del bombardeo. Si bien es cierto que las consideraciones políticas desde siempre han tenido tal injerencia en la conducción de la guerra, situación que no va a cambiar, los aviadores disponían de abundantes evidencias históricas a modo de testimonio de que la manera en que se realizaba *Allied Force* inevitablemente habría de reducir su eficacia. Entendían que una de las lecciones principales derivadas de las Operaciones *Linebacker I*, *Linebacker II* y *Desert Storm*

—campañas éstas en las cuales las municiones guiadas de precisión habían desempeñado un papel crítico— fue que, no obstante la importancia que indudablemente tiene la precisión, no se debe menospreciar el inmenso valor del choque obtenido con una campaña de bombardeo intenso y de amplio alcance realizado desde un principio. La OTAN dejó de hacer eso en la Operación *Allied Force*. Uno simplemente no puede dejarse creer que tal error haya sido culpa exclusiva de los comandantes de los medios aéreos.

En la primera fase de *Allied Force*, cuando el bombardeo se realizaba a tanteos, la depuración étnica, iniciada en octubre de 1998 e intensificada en el siguiente mes de enero, se aceleraba en todas partes de Kosovo. Puesto que la OTAN se concentraba en batir objetivos en Belgrado y en sus alrededores, las fuerzas yugoslavas en Kosovo tenían cierta libertad de acción, de forma que podían seguir conduciendo sus actividades malsanas sin temor a un eventual ataque de la OTAN. En efecto, aunque se les hubiera permitido a los aviones bombarderos de la OTAN bajar de la altitud mínima de 4.572 metros, límite impuesto por la propia OTAN, resulta difícil apuntar a pequeños grupos de hombres armados con fusiles automáticos. El cumplimiento de tal misión con la máxima eficacia, exige el comprometimiento de fuerzas terrestres.

Cuando los ataques iniciales no lograron persuadir a Milosevic a rendirse, en lugar de cambiar el enfoque de las operaciones aéreas para concentrarlas contra las fuerzas yugoslavas que seguían destruyendo cuánto quedaba a su alcance en Kosovo, la OTAN intensificó sus ataques coercitivos contra la infraestructura económica de Yugoslavia. El objetivo de tales ataques fue el de forzar a cuatro entidades distintas a aceptar las demandas de la OTAN: Slobodan Milosevic, sus defensores políticos claves, el Ejército de Yugoslavia, y la población serbia. Para terminar la guerra sin el asentimiento de Milosevic, sería necesario que los tres partidos restantes —sus defensores, el Ejército yugoslavo y la población serbia— coincidieran en que más les serviría aceptar las demandas de la OTAN que seguir resistiendo.

Durante la fase coercitiva de la operación, la OTAN bombardeó las industrias de Yugoslavia, sus refinерías de petróleo, sus redes de potencia eléctrica, los puentes a través del río Danubio y otras vías fluviales importantes, las instalaciones del Ministerio de Defensa, los intereses comerciales y haberes económicos de Milosevic, su familia y los líderes serbios. Estos objetivos fueron seleccionados con el fin de hacer que la guerra fuera lo más penosa y costosa posible. En efecto, el bombardeo destruyó las refinерías de petróleo de Yugoslavia, demolió la fábrica de los autos “Yugo”, y destruyó o dañó otras fábricas donde se producían aeronaves ligeras de ataque, vehículos militares y helicópteros. A las tres

semanas de iniciada la campaña de bombardeo, 103 objetivos quedaron destruidos.¹²

Debido a que la economía de Yugoslavia está basada principalmente en la agricultura, el efecto de esta fase del bombardeo fue mínimo. Si bien la pérdida de las refinerías de petróleo, por ejemplo, constituía un revés económico para Yugoslavia, las capacidades de sus Fuerzas Armadas y las fuerzas paramilitares en Kosovo no fueron afectadas. Los ataques realizados contra refinerías de petróleo y depósitos de abastecimientos tienen el mayor impacto operacional cuando existe la amenaza de una guerra terrestre. Su destrucción tiene muy poco efecto militar en tropas que se transportan en vehículos ligeros o incluso a pie, avanzando de pueblo en pueblo mientras siguen llevando a cabo la labor sangrienta de la depuración étnica. Es más, siempre que Yugoslavia podía seguir importando el petróleo, aunque fuera a través de Montenegro u otro país, no tenía mucho sentido atacar sus instalaciones de producción y almacenamiento de petróleo. Mientras tanto, en el frente del combate terrestre, los serbios estaban logrando sus objetivos.

En Kosovo, bandas de soldados y tropas paramilitares serbios se aprovisionaban del combustible a su disposición. Ausente cualquier oposición terrestre significativa y habiéndose descartado la opción de una intervención terrestre de la OTAN, los serbios fácilmente estacionaban sus vehículos pesados y sus tanques, haciendo uso muy eficaz de técnicas de encubrimiento y señuelos. Simplemente continuaban sus operaciones a otro nivel mientras la guerra aérea, posibilitada por la Revolución en Asuntos Militares, se desencadenaba a unos 4.572 metros de altitud. En esta fase de la operación, al final de la tercera semana del bombardeo, aproximadamente 33 objetivos del Ejército y de la Policía habían sido batidos. Trece de dichos objetivos se encontraban en Kosovo, en tanto que los 20 restantes estaban dispersos en otras partes de Yugoslavia. Es dable suponer que estos blancos habrían incluido estaciones policiales y alojamientos de soldados, los cuales probablemente estaban desocupados al momento de explotar las bombas.¹³

Durante las tres semanas iniciales, la guerra aérea no fue especialmente intensa. Así como comentara mordazmente un oficial de la Fuerza Aérea, “Ésta no es la Operación *Instant Thunder* (Trueno Instantáneo; nombre en clave original del componente aéreo de la Operación *Desert Storm*); es más bien como *Constant Drizzle* (Llovizna Constante)”.¹⁴ De los 9.300 vuelos realizados para el término de la tercera semana de abril, aproximadamente un mes después del comienzo de la operación, sólo 2.750 fueron vuelos de ataque. En este punto, la OTAN estaba conduciendo unos 150 vuelos diarios, como promedio, a diferencia de los 1.600 vuelos por día realizados durante la Operación *Desert Storm*.¹⁵ Es más,

hasta el día 15 de abril, el 90 por ciento de las armas empleadas fueron aquéllas dotadas de la alta tecnología de la Revolución en Asuntos Militares, y al principio de mayo ya se agotaban las existencias de *JDAMs* y de misiles cruceros.¹⁶ Los ataques no estaban logrando los objetivos enunciados. Al mismo tiempo, la depuración étnica —cuyo cese fue el objetivo principal de la guerra— había acelerado drásticamente y continuaba sin oposición efectiva de la potencia aérea de la OTAN. La Revolución en Asuntos Militares no sólo resultaba in-

En Kosovo, bandas de soldados y tropas paramilitares serbios se aprovisionaban del combustible a su disposición. Ausente cualquier oposición terrestre significativa y habiéndose descartado la opción de una intervención terrestre de la OTAN, los serbios fácilmente estacionaban sus vehículos pesados y sus tanques, haciendo uso muy eficaz de técnicas de encubrimiento y señuelos. Simplemente continuaban sus operaciones a otro nivel mientras la guerra aérea, posibilitada por la Revolución en Asuntos Militares, se desencadenaba a unos 4.572 metros de altitud. En esta fase de la operación, al final de la tercera semana del bombardeo, aproximadamente 33 objetivos del Ejército y de la Policía habían sido batidos. Trece de dichos objetivos se encontraban en Kosovo, en tanto que los 20 restantes estaban dispersos en otras partes de Yugoslavia.

capaz de lograr sus objetivos, sino que en ese momento Belgrado era capaz de seguir resistiendo incluso lo mejor que Estados Unidos y la OTAN podían reunir en su contra.

Durante las tres semanas subsecuentes, la operación aérea se intensificó notoriamente con la llegada de más aeronaves, provenientes especialmente de Estados Unidos. De acuerdo con la información divulgada en una exposición de la OTAN, para el día 12 de mayo se habían realizado aproximadamente 19.000 vuelos, de los cuales 6.333 habían salido en misiones de ataque. También los serbios aumentaron sus ataques en Kosovo en proporción con los ataques contra los medios de defensa antiaérea, instalaciones de mando y control y sitios de producción de petróleo, todos los cuales habían sido reducidos a escombros en una fase anterior de la campaña. La cantidad promedio de vuelos subió de 150 por día a unos 450-500 por día después de mediados de abril, cambiando de enfoque al mismo tiempo para concentrarse contra las fuerzas serbias que, según la OTAN, se

encontraban “aisladas” en Kosovo. En esta tercera fase de la operación (no existen de ninguna manera distinciones claras entre las fases, en lo relacionado con los objetivos batidos una y otra vez, debido a la naturaleza incoherente de la operación), se adoptó el plan de destruir sistemáticamente a las fuerzas yugoslavas en Kosovo.¹⁷

El día 19 de mayo, tras 56 días del bombardeo, la OTAN reclamó haber destruido el 31 por ciento de todas las fuerzas pesadas serbias en Kosovo, incluyendo 11 puestos de mando a nivel batallón o brigada; 312 tanques, piezas de artillería pesada, y vehículos blindados; y otras 244 piezas de equipo militar. Los informes posteriores indicaron que los ataques aéreos habían destruido el 75 por ciento de todos los sitios de misiles de superficie-al-aire en Yugoslavia y el 12 por ciento de los misiles. Pero Milosevic no cedía nada, y los refugiados continuaban huyendo a chorros de Kosovo, donde se materializaba la guerra real.

En este punto tal pareciera que la guerra aérea librada por la OTAN había atacado varios objetivos, pero la destrucción de los mismos no tenía mayor impacto. Así también, los argumentos por la eficacia del poder aéreo de la OTAN, basados más en la precisión con la cual se estaban batiendo los objetivos que en el efecto del bombardeo en lograr los objetivos estratégicos, provocaban expectativas poco realistas. Éstas, desde luego, se exacerbaban producto de las evaluaciones exageradas de nuestros éxitos tácticos y operacionales.

Tras otras tres semanas del bombardeo, al final de la Operación *Allied Force*, los informes oficiales del Departamento de Defensa sobre los daños causados por las bombas fueron extremadamente sanguíneos. Considérese, a manera de ejemplo, las reclamaciones siguientes. Toda la capacidad para refinar el petróleo en Yugoslavia fue destruida. Los ataques aéreos de la OTAN habían destruido el 65 por ciento de la capacidad de producción de municiones de dicho país y la mitad de su capacidad de producción de explosivos. El cuarenta por ciento de la capacidad de producción y reparación de vehículos blindados fue destruido o dañado. Las líneas de comunicaciones habían sido interrumpidas, con el 70 por ciento de los puentes en el camino a lo largo del río Danubio y la mitad de los puentes ferroviarios tumbados, efectivamente imposibilitando toda navegación comercial en el río. Estos informes también señalaron que prácticamente todos los aviones de caza *MiG-29* que poseía la Fuerza Aérea yugoslava habían sido destruidos o inutilizados, junto con más de la tercera parte de las demás aeronaves de combate pertenecientes a las Fuerzas Armadas yugoslavas. La OTAN afirmó que el bombardeo dentro de Kosovo había causado la destrucción de 110 tanques y vehículos de artillería auto propulsada, 210 vehículos blindados de transporte de personal, y 449 morteros y piezas de artillería remolcadas.

No obstante tales éxitos, el Sr. Anthony Cordesman, un respetado analista de temas de defensa en el prestigioso

Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, hizo la siguiente observación en un estudio de la Operación *Allied Force* conducido poco después de concluida la misma: “Estas reclamaciones . . . manifestaban todas las omisiones e incertezas de las anteriores. Eran vagas, mal definidas, y no se basaban en ningún método claro de evaluación de daños. La OTAN no presentó datos que apoyaran las cifras citadas en cuanto a la cantidad de vuelos, misiles y municiones empleados”.¹⁹ A raíz de la Operación *Allied Force*, cuando las fuerzas de intervención aliadas se instalaron en Kosovo, irrumpió la controversia sobre cuánto daño había sido infligido por el bombardeo de la OTAN. Por ejemplo, en un artículo de la revista *U.S. News and World Report* se divulgó que las evidencias disponibles no indicaron la destrucción de más de 26 tanques y vehículos de artillería auto propulsada. En lugar de los 210 vehículos de transporte de personal destruidos, sólo fue posible verificar la destrucción de un total de doce. Y, lejos de los 449 morteros y piezas de artillería originalmente contados entre los medios destruidos en el bombardeo aéreo, no hubo evidencia de la destrucción de más de ocho.²⁰ Los líderes de la OTAN refutaron estas estadísticas, insistiendo que un análisis posterior a la campaña aérea había confirmado la destrucción o avería de al menos la mitad de los 1.955 objetivos que los pilotos informaron haber alcanzado, y que entre los blancos alcanzados en Kosovo se incluyeron 93 tanques, 339 vehículos militares y 389 piezas de artillería y morteros.²¹

Es posible que la disparidad esté relacionada con los criterios empleados para confirmar la destrucción o daño infligido a un objetivo. Cuando un objetivo es destruido, ya no puede funcionar. Sin embargo, el significado del término “dañado” varía mucho, pues puede implicar que el vehículo está casi destruido o que sólo tiene la pintura rayada. Sabemos que las tropas yugoslavas no parecían estar remolcando vehículos estropeados al salir de Kosovo, por lo cual resulta lógico suponer que si los ataques aéreos hubieran sido tan devastadores como insistía la OTAN, se habrían descubierto las evidencias de tanta destrucción en esa provincia.

La controversia provocada por las evaluaciones de daños trae a la memoria los Informes sobre la Operación *Commando Hunt* de la Fuerza Aérea, la campaña aérea contra el Sendero Ho Chi Minh en Laos en las últimas etapas de la Guerra de Vietnam. Estos informes también relataron la crónica de una serie ininterrumpida de victorias alcanzadas por el poder aéreo, basándose en la cantidad de camiones supuestamente destruidos o averiados y los depósitos de combustible, zonas de estacionamiento de camiones e instalaciones de reparación de vehículos batidos por fuego norteamericano. En dicha Operación, realizada entre los meses de octubre de 1970 y marzo de 1971, la Fuerza Aérea sostuvo que había destruido la totalidad asombrosa de 16.266 camiones, dejando otros



Un caza *F-14B* de la Armada de EE.UU. lanza una bomba *GBU-24* guiada por láser durante un ejercicio conducido en la Estación Aeronaval Fallon, en el Estado de Nevada, en el mes de enero de 2000.

Las armas guiadas por láser no eran más útiles en las densas nubes que cubrían Yugoslavia de lo que habían sido sobre la Indochina hacía 30 años. Sin embargo, a diferencia de Vietnam, en esta guerra las aeronaves utilizadas en el ataque no podían volar debajo de las nubes para buscar y batir objetivos si tal descenso les obligaba a volar a una altura donde pudieran ser más vulnerables al fuego antiaéreo y misiles portátiles. En el futuro, los vehículos aéreos teledirigidos, capaces de volar a alturas más bajas y debajo de las nubes, podrán identificar y designar objetivos, con lo cual será posible eliminar algunas de las limitaciones impuestas al poder aéreo por las malas condiciones meteorológicas.

4.700 estropeados dentro de un período de seis meses. Cuando la Agencia de Inteligencia Central (CIA) disputó estas cifras, señalando que el total combinado de camiones en Vietnam del Norte y Laos no excedía a los 10.000 camiones, la Fuerza Aérea se vio obligada a revisar los criterios empleados en sus cálculos para determinar si un camión había sido destruido o dañado. Nunca se produjo un análisis final adecuado, y la Fuerza Aérea aún insistió que destruyó 11.000 camiones y estropeó otros 8.000 en la Operación *Commando Hunt*. Con todo, si sabemos que Vietnam del Norte no se veía impedido por cualquier deficiencia de abastecimientos en sus operaciones terrestres en Vietnam del Sur, justamente al momento cuando estaba completando su transición de la guerra de guerrilla a la conducción de operaciones convencionales en gran escala.²²

En la Operación *Allied Force*, al igual como en *Commando Hunt*, los defensores del poder aéreo parecen haberse convencido de que batir objetivos y causar destrucción son sinónimos de la victoria. La verdad inmutable es que el éxito táctico y operacional no siempre se traduce en victoria estratégica. La victoria sólo se

alcanza cuando los actos de fuerza empleados logran obligar al adversario a cumplir con nuestra voluntad.

Los Serbios Contribuyeron

A raíz de la Guerra Civil de Estados Unidos, supuestamente se le preguntó al general George Pickett, del Ejército de la Confederación vencida, por qué el Sur perdió la guerra. Contestó que los Yanquis (nombre despectivo empleado en el sur para referirse al enemigo del Norte) contribuyeron mucho a la derrota. En este caso, las fuerzas militares y de seguridad yugoslavas resultaron ser muy eficaces en contrarrestar la campaña aérea para lograr sus objetivos. Lejos de constituir un argumento contundente por el empleo del poder aéreo como medio preferido en la guerras del futuro, la Operación *Allied Force* quizás sirva mejor como estudio de caso de la guerra asimétrica. Por más retumbante y devastadora que haya sido la tan alabada superioridad tecnológica de Estados Unidos y la OTAN, su poder aéreo y sus misiles no pudieron impedir que las fuerzas militares yugoslavas —un vestigio de la Guerra Fría— superaran su propia inferioridad cuantitativa y

cualitativa, para hacer estragos e inspirar terror en la población de albaneses kosovares en la provincia de Kosovo. Indudablemente, entre aquellos entusiastas del poder aéreo que coinciden en que el bombardeo no ganó esta guerra, muchos sostendrán que tal victoria le habría sido posible si a la Fuerza Aérea se le hubiera permitido seleccionar sus propios objetivos y si pudiera

Los serbios adoptaron una variante de la táctica de negación del acceso aéreo tan eficazmente empleada por Vietnam del Norte hace tres décadas, con la diferencia de que los serbios no confrontaron con tanta agresividad al ataque aéreo de la OTAN. . . Recurrieron más bien a una defensa basada en acciones de engaño, aguantando los ataques de la OTAN y empleando sus propias armas sólo en aquellas circunstancias más favorables para el éxito. Esta estrategia les sirvió muy bien por cuanto obligó a la OTAN a mantener sus aeronaves a una altitud de 4.572 metros, desde donde sus fuegos eran mucho menos eficaces contra los objetivos realmente importantes, o sea, aquéllos relacionados con las operaciones terrestres en desarrollo en Kosovo. . . . Las defensas serbias lograron justamente lo que debe hacer toda defensa eficaz, obligando al agresor a modificar tanto la naturaleza de su ataque que termina disminuyendo su eficacia.

haber concentrado sus medios en masa desde un principio. Es posible que tengan razón, aunque la historia no ofrece confirmación de tal hipótesis; es así que, hasta el presente, la capacidad decisiva del poder aéreo como instrumento singular en la guerra es aún teórica y desconocida.

Lo que sí sabemos es que Serbia supo explotar los errores cometidos por la OTAN en los niveles estratégico, operacional y táctico. El mayor desacierto estratégico de la OTAN fue su decisión de rechazar la opción de ejecutar una eventual invasión de fuerzas terrestres. Esto significaba que los serbios podían utilizar armas ligeras y de mano para lograr la depuración étnica en Kosovo, no tenían que concentrar a sus fuerzas y, hasta el término de la guerra cuando el ataque del Ejército de Liberación de Kosovo les forzó a salir al descubierto, podían esconderse en posiciones relativamente invulnerables ante un ataque aéreo. Cuando la OTAN finalmente atacó sus cuarteles, sus estaciones policiales, y sus instalaciones de mando y control dentro de Kosovo, la mayor

parte de las tropas serbias ya se había trasladado a otros lugares y habían establecido sus redes de comunicaciones en otras partes. La fuga forzada de un millón de kosovares albaneses dejó vacías muchas casas, establos y otras construcciones que los serbios fácilmente podían ocupar y utilizar.

Los serbios también aprovecharon la restricción de altitud impuesta a los vuelos de la OTAN, cuyas aeronaves no podían bajar de una altura mínima de 4.572 metros donde las aeronaves y sus tripulaciones quedaban fuera del alcance de fuego de las armas de pequeño calibre, de la mayor parte de las armas antiaéreas, y de los misiles portátiles de superficie-al-aire. A pesar de la vulnerabilidad de las aeronaves de la OTAN al fuego de los misiles SA-2, SA-3 y SA-6 a la altitud mencionada, sus capacidades para suprimir tales elementos del sistema de defensa antiaérea del enemigo son realmente impresionantes. Sin embargo, la gran cantidad de misiones realizadas para suprimir las defensas antiaéreas del enemigo, incluyendo el vasto sistema de guerra electrónica requerido para acompañar los ataques ejecutados en aeronaves dotadas de la tecnología *stealth*, tales como el avión F-117A y el B-2, representó una proporción excesivamente alta de vuelos de apoyo a vuelos de ataque.

Los serbios adoptaron una variante de la táctica de negación del acceso aéreo tan eficazmente empleada por Vietnam del Norte hace tres décadas, con la diferencia de que los serbios no confrontaron con tanta agresividad al ataque aéreo de la OTAN. De haberlo hecho, habrían puesto su propio sistema de defensa antiaérea en peligro, con la probabilidad de provocar su degradación, cuando no su destrucción total. Recurrieron más bien a una defensa basada en acciones de engaño, aguantando los ataques de la OTAN y empleando sus propias armas sólo en aquellas circunstancias más favorables para el éxito. Esta estrategia les sirvió muy bien por cuanto obligó a la OTAN a mantener sus aeronaves a una altitud de 4.572 metros, desde donde sus fuegos eran mucho menos eficaces contra los objetivos realmente importantes, o sea, aquéllos relacionados con las operaciones terrestres en desarrollo en Kosovo. Si bien los Serbios no pudieron derribar muchas aeronaves, el derribo de un avión F-117A y el daño de otro avión caza tipo *stealth*, redundaron en beneficios significativos, producto de lo cual Estados Unidos debería reconsiderar su actual fascinación con la tecnología *stealth* como elemento clave en la guerra aérea del futuro. Las defensas serbias lograron justamente lo que debe hacer toda defensa eficaz, obligando al agresor a modificar tanto la naturaleza de su ataque que termina disminuyendo su eficacia.

El clima también fue un factor favorable para los serbios. Las armas guiadas por láser no eran más útiles en las densas nubes que cubrían Yugoslavia de lo que



Despliegue de aviones de caza de la Fuerza Aérea de EE.UU., en apoyo a la Operación *Southern Watch* en Kuwait, en agosto de 1998. El avión F-117A, el "stealth", está a la cabeza de esta formación, flanqueado por dos aviones F-16C.

Apesar de la vulnerabilidad de las aeronaves de la OTAN al fuego de los misiles SA-2, SA-3 y SA-6 a la altitud mencionada, sus capacidades para suprimir tales elementos del sistema de defensa antiaérea del enemigo son realmente impresionantes. Sin embargo, la gran cantidad de misiones realizadas para suprimir las defensas antiaéreas del enemigo, incluyendo el vasto sistema de guerra electrónica requerido para acompañar los ataques ejecutados en aeronaves dotadas de la tecnología stealth, tales como el avión F-117A y el B-2, representó una proporción excesivamente alta de vuelos de apoyo a vuelos de ataque.

habían sido sobre la Indochina hacia 30 años. Sin embargo, a diferencia de Vietnam, en esta guerra las aeronaves utilizadas en el ataque no podían volar debajo de las nubes para buscar y batir objetivos si tal descenso les obligaba a volar a una altura donde pudieran ser más vulnerables al fuego antiaéreo y misiles portátiles. En el futuro, los vehículos aéreos teledirigidos, capaces de volar a alturas más bajas y debajo de las nubes, podrán identificar y designar objetivos, con lo cual será posible eliminar algunas de las limitaciones impuestas al poder aéreo por las malas condiciones meteorológicas. Sin embargo, en la operación realizada en Yugoslavia, el enemigo prevaleció cuando hacía mal tiempo. Cualquier futuro enemigo probablemente se percate de esa realidad, y sabrá sacar la máxima ventaja de las condiciones meteorológicas propias de la estación.

Otra táctica clave en la neutralización de una estrategia basada exclusivamente en el poder aéreo, es atacar rápidamente para lograr el objetivo antes que el enemigo

pueda aplicar la totalidad de su potencia aérea contra las fuerzas terrestres propias. Esto es exactamente lo que hicieron los serbios, no sólo con acelerar sus actividades de depuración étnica desde el primer día del ataque, sino también con trasladar a sus fuerzas a terreno silvestre, montañoso y marcado por numerosos barrancos, donde quedaban menos vulnerables a un ataque aéreo eventual si estuvieran sujetas a lo más recio de la ofensiva aliada. Los serbios escondieron a las tropas suficientes y utilizaron señuelos con la eficacia adecuada para asegurar que, cuando se inició el ataque del Ejército de Liberación de Kosovo en la última semana de la guerra, podrían concentrar cantidades determinantes de blindados y artillería para contrarrestarlo. Por supuesto que en ese momento los serbios quedaban vulnerables al poder aéreo, aunque los análisis más recientes indican que la mayor parte de sus fuerzas pudieron salir sin sufrir mayores daños. De esta experiencia surge una lección importante: fue necesario desplegar a fuerzas

terrestres para forzar a los serbios a salir al descubierto donde podían ser atacados con más eficacia desde el aire, situación que demuestra una vez más que una fuerza conjunta, en este caso un equipo aeroterrestre, generalmente constituye el instrumento de guerra superior.

Los serbios probablemente entendían que si las fuerzas terrestres de la OTAN se hubieran comprometido en la guerra, sus propios tanques y piezas de artillería enfrentarían una fuerza tan abrumadora en la tierra como la enfrentada por sus aviones *MiG* en el aire. Tan pronto como concentraran a sus fuerzas, los serbios quedarían vulnerables a la posibilidad de ataques realizados por el Sistema de Lanzamiento de Múltiples Cohetes (*Multiple Launch Rocket System; MLRS*) y por los helicópteros *Apache*, operando al unísono con las fuerzas blindadas y mecanizadas. En ese punto, el poder aéreo y terrestre estadounidense y de la OTAN sería tan devastador que el consumo de combustible sería el menor problema enfrentado por las unidades blindadas y mecanizadas serbias, pues les sería difícil sobrevivir hasta agotarse el combustible. En efecto, tal pareciera que los serbios entendían que no les sería posible de ninguna manera resistir un ataque terrestre de la OTAN. Se rindieron cuando era evidente que tal ataque quizás fuera inminente, y es muy posible que se hubieran rendido mucho antes si no se les hubiera garantizado que la OTAN sólo recurriría en última instancia a una ofensiva terrestre.²³

Conclusiones

Clausewitz escribió que la guerra tiene una gramática pero no una lógica común. Esto significa que toda guerra es única por cuanto los objetivos políticos varían en cada conflicto. A veces esos objetivos, y la voluntad de poblaciones y naciones de sufrir para lograr sus objetivos, no se sujetan a la misma lógica. La Operación *Allied Force* presentó tal caso. En fin, las reclamaciones espectaculares de los entusiastas del poder aéreo no pueden borrar los hechos reales. El poder aéreo no pudo poner término a la depuración étnica en Kosovo. El bombardeo no le obligó a Slobodan Milosevic a firmar los acuerdos originalmente redactados por la OTAN. La potencia aérea no diezmó ni derrotó al Ejército de Yugoslavia en el terreno. En realidad, los ataques aéreos infligieron pocos daños a las fuerzas serbias en Kosovo. Es más, Milosevic, al igual como Sadam Hussein en Irak, permanece en poder, reconsolidando su régimen y demostrando mayores posibilidades de sobrevivir y volver a causar problemas en el futuro.

¿Cuál es la lección que todo lo anterior nos enseña respecto al poder aéreo en futuras operaciones? ¿Es que los logros cuestionables de la potencia aérea en la Operación *Allied Force* nos dan motivo por menospreciar su utilidad en las guerras del porvenir? No es necesariamente así. La potencia aérea aún tiene la capacidad singular para realizar ataques con celeridad a grandes distancias. En algunas

operaciones, por lo menos en algunas fases de las operaciones futuras, la potencia aérea será el instrumento principal y apoyado, y así debe ser. Pero ésta no fue una de tales operaciones, por lo cual la decisión de desarrollar una futura institución de defensa estadounidense basada en las reclamaciones relativas a lo que sí o no habrían sido los efectos de la potencia aérea en la Operación *Allied Force*, puede acarrear consecuencias desastrosas para la seguridad nacional de Estados Unidos en el futuro. Si bien una estrategia de escalada paulatina con el empleo de municiones guiadas de precisión quizás tenga cierto atractivo para quienes continúen pensando que las guerras, incluso aquellas guerras que tienen limitados objetivos, pueden ser ganadas con una fuerza mínima, el resultado en Kosovo refuta tal opinión.²⁴ Tanto Clausewitz como Sun Tsu sostienen que una mala estrategia produce malos resultados. Tampoco es cierto que una causa justa asegure un buen resultado. En palabras sucintas, el partido capaz de desarrollar la estrategia más apta para cualquier guerra determinada, será el vencedor. La tecnología, el heroísmo y la efusión de sangre no pueden compensar una estrategia errada.

La estrategia es el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra.²⁵ Si evitar bajas es la piedra fundamental del arco estratégico, dicho arco inevitablemente se derrumbará, pues la guerra sin bajas es una ilusión. La guerra es y siempre será un conflicto entre personas, ya sea individualmente, en formaciones concentradas o bien en bandos guerrilleros, en tanques, en aviones o en buques. Una guerra incruenta es una quimera, y la guerra contra Yugoslavia distó mucho de ser incruenta. El hecho de que no se derramó la sangre de las fuerzas propias de la OTAN no significa que no hubiera derramamiento de sangre. En efecto, la sangre corría profusamente, mayoritariamente de gente inocente. Milosevic entendió nuestra aversión a sufrir bajas y sacó la máxima ventaja de nuestra estrategia mal concebida, centrada en el poder aéreo, para manipular esa aversión. El poder aéreo por sí sólo no pudo lograr la victoria, ni pudo lograr los objetivos especificados por el presidente Clinton el día 24 de marzo de 1999.

La noción de que la potencia aérea posibilita la prosecución de una guerra incruenta —o incluso con poco derramamiento de sangre— no sólo es errónea, sino que también implica mayores peligros para el futuro. Si nuestros enemigos potenciales creen que el temor a sufrir bajas constituye un centro de gravedad vulnerable para Estados Unidos, explotarán dicha vulnerabilidad. Formularán estrategias que nos infligirán la máxima cantidad de bajas a nosotros y a nuestros aliados. Ninguna política del exterior creíble servirá para erigir un sistema de seguridad internacional perdurable, siempre que Estados Unidos pretenda imponer su voluntad a otras naciones sin disponerse a sufrir bajas entre sus propias tropas. Si nuestros objetivos en Kosovo no merecían arriesgar la vida ni de un solo soldado norteamericano, ¿cómo es posible que justificaban la

muerte de tantos kosovares albaneses y, cabe agregar, de tantos serbios? Los soldados profesionales saben que el factor que los distingue de otros es su relación íntima con la vida humana, y con la muerte humana. En las películas de la serie de *La Guerra de las Galaxias*, es el Imperio Malévolo que aplasta a sus enemigos desde la seguridad de la Estrella de la Muerte. Éste no es un modelo digno de ser emulado. Una nación que se muestra afanosa por dar muerte en apoyo a sus intereses e ideales pero poco dispuesta a aguantar cualquier sufrimiento, será temida; al mismo tiempo, tanto sus amigos como sus enemigos también la verán con desprecio.²⁶

Recién se dio inicio al proceso de estudiar las lecciones que podemos aprender de la Operación *Allied Force*, y debemos evitar sacar conclusiones prematuramente. El poder aéreo, a pesar de las reservaciones válidas respecto a su desempeño en Yugoslavia y el costo muy alto en proporción a los pocos beneficios obtenidos de

su empleo en ese escenario, aún tendrá un papel muy importante en el futuro de la seguridad nacional de Estados Unidos. A medida que nos dedicamos al análisis de los resultados de *Allied Force*, es de esperar que las instituciones armadas consideren las diversas formas de responder ante tales situaciones en el futuro y que resuelvan enfrentarlas como un equipo coherente. En la actualidad, muchos defensores de la potencia aérea, analistas de defensa, formuladores de la política y políticos, se han dejado seducir por la promesa efímera de una victoria tras una operación incruenta y de bajo costo, lograda a través de un ataque de precisión. Tan pronto como rechacen esa idea desacreditada, podrán descubrir medios para librar la guerra que son realmente eficaces y decisivos. Para alcanzar la máxima eficacia, las fuerzas que comprometemos en combate deben ser equilibradas y flexibles, y por ende capaces de superar cualquier desafío que pueda surgir. **MR**

NOTAS

1. General de División Charles Wald, Orientación del Departamento de Defensa, 2 de junio de 1999. Transcripción reproducida en Anthony H. Cordesman, *The Lessons and Non-Lessons of the Air and Missile War in Kosovo* (Washington: Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, 8 de julio de 1999), copia en borrador, pág. 30. Éste es un logro especialmente notable, dado el hecho de que cinco misiles y bombas se desviaron completamente de sus objetivos en Yugoslavia, alcanzando el país vecino de Bulgaria, donde uno batió el centro de la ciudad de Sofía.
2. John Keegan, "So the Bomber Got Through After All", *London Daily Telegraph* (4 de junio de 1999), pág. 28.
3. John A. Tirpak, "Lessons Learned and Re-learned", *Air Force Magazine*, agosto de 1999, pág. 23.
4. General de División (retirado de la Fuerza Aérea) Charles D. Link, citado en *The Washington Post* (4 de junio de 1999), pág. 66.
5. Michael E. Ryan, "Air Power is Working in Kosovo", *The Washington Post* (4 de junio de 1999), pág. 35.
6. Carl von Clausewitz, *De la guerra*, traducido por R. W. de Setaro (Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1984), pág. 38.
7. Presidente Bill Clinton, Enunciación de Objetivos el 24 de marzo de 1999, citado en "Verbatim", *Air Force Magazine* (agosto de 1999), pág. 106.
8. Madeleine Albright, cita de *The Washington Post* del 6 de junio de 1999, reproducida en *Air Force Magazine* (agosto de 1999), pág. 64. Ver también *A National Security Strategy for a New Century* (Washington: Casa Blanca, octubre de 1998), pág. 5.
9. Madeleine Albright citada en John F. Harris, "Reassuring Rhetoric, Reality in Conflict", *The Washington Post* (8 de abril de 1999), pág. 21.
10. Clausewitz, pág. 38.
11. William Johnsen, "United States Policy Options for Kosovo: Unraveling the Gordian Knot", *The Brown Journal of World Affairs*, 6 (Invierno/Primavera de 1999), pág. 221.
12. Cordesman, pág. 45.
13. *Ibid.* Ver también "Allied Force Applied to Serbia", *Jane's Defence Weekly* (31 de marzo de 1999), pág. 3.

14. Funcionario anónimo de la Fuerza Aérea, citado en John Morrocco, "Weather and Weapons Dearth Slow NATO Strikes", *Aviation Week and Space Technology* (5 de abril de 1999), pág. 26.
15. Cordesman, pág. 45.
16. *Ibid.*, pág. 46.
17. David A. Fulgham, "Isolated Serb Army Faces Aerial Barrage", *Aviation Week and Space Technology* (12 de abril de 1999), pág. 26.
18. Cordesman, pág. 62.
19. *Ibid.*, págs. 62-63.
20. Richard J. Newman, "The Bombs that Failed in Kosovo", *U.S. News and World Report* (20 de septiembre de 1999), pág. 29.
21. William Drozdiak, "Kosovo Successes Confirmed, NATO Chief Says", *The Washington Post* (17 de septiembre de 1999), pág. 22.
22. Earl H. Tilford, hijo, "Bombing Our Way Back Home: The Commando Hunt and Menu Campaigns of 1969-73", en *Looking Back on the Vietnam War: A 1990s Perspective on the Decisions, Combat, and Legacies*, editado por William Head y Lawrence E. Grinter (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1992), pág. 133.
23. Ver Dana Priest, "A Decisive Battle that Never Was", *The Washington Post* (19 de septiembre de 1999), pág. 1; y "Milosevic Had Intelligence He Would Face Ground Attack", *The Washington Times*, 1 de septiembre de 1999, pág. 7.
24. General Joseph Ralston, Vicepresidente de los Jefes Conjuntos de Estado Mayor, afirmó a mediados de septiembre de 1999 que la realidad política es que las fuerzas militares tendrán que emprender una escalada paulatina en las guerras del futuro. Si bien esta aproximación se encaja bien con la noción de que la violencia puede ser aplicada en forma escalonada para influir en la conducta del adversario, la historia nos enseña que el contrario es el caso. Ver "Ralston Sees Potential for More Wars of Gradual Escalation", *Inside the Pentagon* (16 de septiembre de 1999, transmisión electrónica de Early Bird).
25. Clausewitz, pág. 121-22.
26. Para una exposición excelente de este argumento, ver Michael Evans, "Dark Victory", *U.S. Naval Institute Proceedings* (septiembre de 1999), págs. 33-37.

El Dr. Earl H. Tilford, hijo, es analista de mayor antigüedad en el Instituto de Estudios Estratégicos, en la Escuela Superior de Guerra del Ejército de EE.UU. Recibió los grados de Bachiller y Maestría en Artes, con especialización en historia, en la Universidad de Alabama, y el grado de Doctorado en la Universidad de George Washington, especializándose en la historia militar estadounidense y europea. Prestó servicios durante 20 años en la Fuerza Aérea de EE.UU., habiendo servido como oficial de inteligencia en Asia del Sudeste, dictado cursos de historia en la Academia de la Fuerza Aérea, y servido en calidad de director de la revista, Air University Review. Es autor de tres libros sobre la participación de la Fuerza Aérea en Vietnam, la más reciente siendo su obra, Crosswinds: The Force's Setup in Vietnam (Texas A&M University Press, 1993). Colaboró con el historiador de la Fuerza Aérea, el Sr. William Head, en la redacción del libro Eagle in the Desert: Looking Back on the Persian Gulf War (Praeger, 1997).